

## “¿UNA AGENDA DE DERECHOS, QUÉ AGENDA DE AFECTOS ES?”

### Entrevista con val flores

## "AN AGENDA OF RIGHTS, WHAT AGENDA OF AFFECTION IS IT?"

### Interview with val flores

Victoria Dahbar (kolo) y Eduardo Mattio entrevistan a la distancia a la escritora activista val flores. El intercambio se realizó por correo electrónico entre la Ciudad de Córdoba y la Ciudad de La Plata, Argentina, en el marco de la pandemia del COVID-19. Teniendo al encierro como paisaje, la conversación giró en torno a la escritura como práctica teórica y afectiva, a las disputas afectivas en las agendas de la disidencia sexual, a las pedagogías emocionales que atraviesan y pueden atravesar la ESI, y a la potencia del desencanto como una política feminista de la interrupción.

val flores es escritora activista de la disidencia sexual tortillera feminista heterodoxa cuir masculina maestra prosexo vegana border de las instituciones. Viene de Neuquén, actualmente, vive en La Plata. Se dedica a la escritura ensayística/poética y a la realización de talleres y performances como modos de intervención estético-política-pedagógica. Entre sus numerosas publicaciones se destacan: *Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje* (2010); *Chonguitas. Masculinidades de niñas* junto a fabi tron (2013); *El sótano de San Telmo. Una barricada proletaria para el deseo lésbico en los '70* (2015); *interruqiones* (2013, 2017); *Tropismos de la disidencia* (2017); *Una lengua cosida de relámpagos* (2019), entre otros.

—En varias ocasiones de tu última escritura, te has referido a una opacidad que algunas lecturas señalan en tu modo de escribir. Una opacidad que pareciera traducirse en una dificultad para quien lee, una dificultad para entender. Si la escritura es, como parece ser, una práctica que es a la vez epistémica y afectiva, una práctica que hace cuerpos, ¿qué cuerpos se nos reclama cuando se nos pide transparencia? ¿Qué afectos, qué modos de ser se nos demandan? Al contrario, ¿cómo pensás que una suerte de *defensa de la opacidad* repercute en los modos de conocer y de afectarnos?

—Creo que la opacidad en la escritura modula una relación con el mundo, una relación que no es lineal ni transparente ni calculable, sino abismo de lo ininteligible para los regímenes de (in)visibilidad que organizan los diagramas del poder. Escribir es un modo del (des)saber que nos lleva al límite de lo pensable, que desborda (o no) la capacidad de imaginar otras relaciones que dan consistencia a eso que llamamos vida, cuerpo, género, deseo, lo común. Es un gesto mínimo y situado de astucia, arrojo y escucha, en el que se juega una inusitada posibilidad de conectar cosas insospechadas, que antes aparecían desarticuladas, muy lejanas entre sí. Tal vez sea una práctica de la proximidad cutánea, de un tacto bajo la forma nomádica del poema, que nunca termina de componerse porque se resiste a la burocratización de la piel. Así, mi escritura tiene una tendencia a la opacidad, que como diría Edouard Glissant, “no es la cerrazón”. Y sigo a través de sus palabras:

Para poder reaccionar así contra tantas reducciones a la engañosa claridad de los modelos universales. No necesito “entender” a nadie, ya sea individuo, comunidad, pueblo, ni “hacerlo mío” a costa de asfixiarlo, de que se pierda, así, dentro de una totalidad quebrantadora que tendría yo que gestionar para asumir el convivir con ellos, el construir con ellos, el arriesgarme con ellos. (Glissant, 2006, p.31)

Entonces, por un lado, hay cierta acusación que opera como disciplinamiento y control en esas lecturas que se detienen en señalar la opacidad como *falta* de claridad, de entendimiento, de transparencia, de luminosidad, de afirmatividad, de politicidad. Y, por otro lado, hay de mi parte, y cada vez más porque es una pulsión que espolea mi escritura como proyecto poético-político-teórico-afectivo, una experimentación con la opacidad como juego paradójico de hacer huecos en esas gramáticas normativas del decir académico y activista, de tantear con los pasajes de términos entre las fronteras disciplinarias y de géneros en una promiscuidad un poco caótica y licenciosa, en buscar una escritura que sea incómoda y que se resista a las clasificaciones fáciles y a las taxonomías organizadoras del catálogo disponible de identidades sexuales y de género o de identificaciones discursivas. De algún modo, el llamado a la transparencia en el campo del activismo feminista o de la disidencia sexual es un llamado a una traducción civilizadora en términos del lenguaje estatal de la revulsividad y perversión de nuestras vidas. Concretamente, es una domesticación de una deseabilidad indómita que se manufactura a través de una lengua que nos fuerza a despojarnos de una disposición afectiva, a reventar el mundo conocido, una compulsión a *enterrar un trueno en nuestro jardín de heridas clorofórmicas*. Y claro que hay que decir que la transparencia/opacidad

no siempre juegan del mismo modo ni se trata de optar por uno de esos términos diagramándolo como un binarismo, sino de ir por el medio como maniobra funambulesca de asestar un golpe de letra ahí donde la institucionalidad captura el sentido como monopolio de lo correcto, lo legítimo, lo comprensible. Como diría Halberstam (2018a), situarnos en los espacios intermedios, para evitar quedar atrapadxs en el encanto de la hegemonía y fascinadxs por las seducciones de una radicalidad prediseñada.

En este sentido, la transparencia nos reclama un cuerpo legible, estable, coherente, fácilmente reconocible, con una narrativa que eclipsa o clausura las ambivalencias, la confusión, los desvíos, amarrada a una homogeneidad que aplasta las entrelíneas y los márgenes de la experiencia singular. Justamente, nos reclama *un* cuerpo —así como *una* identidad— que lo succiona de una multiplicidad de relaciones que son más borrosas que claras, más ambivalentes que estables, más turbias que límpidas, para individualizar la gestión del poder. Nos demanda afectos que sostengan este orden corporal normativo, que no socaven ni desorganicen ni hagan tambalear una estructura sensible, cuyas vértebras se nutren de un canon medular neoliberal de predisposiciones emocionales como el éxito, el individualismo, el optimismo, la felicidad, la luminosidad, la alegría; incluso el nombre propio llega a ser un afecto pivote, por lo cual me arriesgo a pensar que una práctica política de la desobediencia colonial podría ser *esquivar las esquirlas del ego*.

Tal vez, el gesto político de una escritura que apuesta a la opacidad sea boicotear esa insistencia forzosa y forzada de la traducción, irritarla, hacerla fallar, sacar de quicio su brújula ventricular y *hundirse en la flema jugosa de la ensoñación* que combate contra la luz como paradigma de conocimiento ocularcéntrico, que fagocita la irreductible diferencia en la otredad. Una tarea de boicot desde el temblor y la audacia de orillar los límites de lo (in)decible, lo (in)escuchable, lo (in)traducible. A contrapelo de las escrituras erectas, tiasas y seguras de sí, en la insensatez de escribir como signo vital, solo hay desorden, equívoco, interrupción y extravío, corazonadas incestuosas en las que “la ininteligibilidad ha sido y sigue siendo una fuente fiable para la autonomía política” (Scott en Halberstam, 2018a, p.18). Una insistencia que despunta Maggie Nelson cuando señala:

las palabras cambian según quién las diga, contra eso no hay cura. La respuesta no está sólo en inventar palabras nuevas (boi, cisgénero, andro-fag) y materializar su significado (sin embargo, hay poder y pragmatismo en eso). Uno también debe estar alerta a la multitud de posibles usos, posibles contextos, las alas con las que cada palabra puede volar. (en Halberstam, 2018b, p.27)

La opacidad excede la legibilidad de la ley, negándose a rellenar los vacíos y proveer un cierre, respetando los lamentos y el sin sentido, pronunciando lo que se resiste a ser dicho (en tanto a muchxs de nuestrxs muertxs se les negó el derecho a hablar), producir esos relatos que nunca han sido capaces de instalarse en la historia, porque son más bien narrativas insurgentes, disruptivas, que son marginalizadas y desbaratadas antes de que logren asentarse. Así describe la escritora Saidiya Hartman (s/f) su proyecto de escritura imposible en relación con la esclavitud, un proyecto contra-histórico negro de fracasos, de reconstruir el pasado que es, también, un esfuerzo por describir oblicuamente las formas de la violencia autorizada en el presente, con el riesgo paradójico<sup>1</sup> de retornar a esa escena de sometimiento y tal vez reproducir la gramática de su violencia. Y se pregunta “¿Cómo puede una narrativa de la derrota permitir un lugar para los vivos o para visionar un futuro alternativo?” (Hartman, s/f). Esto supone un proyecto de conocimiento que cuestione los supuestos epistemológicos y políticos sobre los que se asientan nuestros modos de conocer.

Y como la escritura es un acto situado, escribo estas palabras con más incertidumbre que en otras ocasiones, en pleno confinamiento obligatorio por la pandemia del covid-19, que está cambiando silenciosa y drásticamente nuestros cuerpos y, por lo tanto, nuestros modos de afectarnos.

—En la conversación que mantuviste hace unos años con Jorge Díaz y Tomás Henríquez, compañer\*s chilen\*s del CUDS, expresabas la urgencia de “desmontar la lengua del mandato” a fin de “criar la lengua del desacato” (flores, 2014). Sin dudas, esa manera de formular un norte para nuestros activismos sexo-disidentes sigue siendo necesaria respecto de cierto conyugalismo LGTB detenido en “el deseo del deseo del estado”. ¿Qué *corolarios* emocionales te parece que podríamos derivar de esa *consigna*, a la hora de edificar una resistencia afectiva colectiva?

—No sé si escribiendo desde el sur-sur estaría formulando algún norte para nuestros activismos sexo-disidentes. La geopolítica de la lengua nos tendría que aportar preguntas para dejar de desear los nortes y poder vagabundear cuir/queer/mente por la cardinalidad de la experiencia política, imantados con una escucha pérfida y descolonizadora, como una especie de relación benjaminiana con el conocimiento de darse un paseo por calles inexploradas en la dirección *equivocada*, como un modo de renunciar a los territorios de

saber bien iluminados que definen con precisión qué camino tomar antes de empezar. Es como seguir las orientaciones de Sedgwick (1999), para quien lo queer debe ser distorsionado, desviado de usos anteriores, como el lado oscuro de lo queer, siempre despectivo y negativo, en tanto gesto que continúe connotando perversión e ilegitimidad para proyectar aventuras experimentales que pongan en tensión las complejidades de la piel, del lenguaje, los afectos y el estado.

Entiendo que entre los varios problemas que se desprenden de la pregunta que intenta cuartear ese consenso fuerte en relación con una pragmática política que instituye al estado como el horizonte político de nuestro activismo, hay dos que quisiera señalar. Por un lado, el problema de la consigna como artefacto sensible que moviliza un pensamiento crítico y la acción política. Muchas veces las consignas se transforman, por los gestos que las hacen flamear y tronar, en imperativos moralizantes que se repiten casi como tautologías. Entonces, una tarea política, tal vez, consista en experimentar modos de hacer, ecologías de gestos, para que las consignas se conviertan en incógnitas inventivas, en un espacio de ficción especulativa para desconectar los automatismos emocionales del propio activismo sexo-disidente.

Y, por otro lado, la dimensión de lo colectivo, sus escalas, sus modos de configuración, sus trazados discrepantes, su temporalidad (in)orgánica, sus (des)articulaciones coyunturales. Hay algo de lo colectivo que repetimos y a lo que anhelamos, pero en particular se me presentan ciertas dificultades con las figuras de lo común y lo comunitario, en nuestros modos de organización de la vida humana y no humana que suelen incentivar todo lo contrario. Tal vez precisamos tensionar los imaginarios afectivos que incitan lo colectivo y cuánto de las ficciones románticas de su organización nos hace perder de vista los pequeños gestos que entran a antagonizar con lo colectivo.

Y digo esto con absoluta responsabilidad de que mi práctica como pensadora, teórica, poeta, maestra se hace por fuera de cualquier institución, organización o grupalidad predefinida, sino en un arco de ecos y murmullos de múltiples voces que se materializan en una variedad de experiencias de cercanía afectiva y proximidad política. Tal vez porque estoy ensayando hace un tiempo, en mi propia escritura poética, figuraciones muy a contrapelo de lo colectivo, como crítica de las formas compulsivas de la sociabilidad contemporánea alrededor de formas normativas, como el consumo o la vida familiarista, y eso no significa la supremacía del sujeto individual, sino que también supone otras relaciones más móviles, complejas, enrevesadas y friccionantes entre la comunidad y el sujeto. Como me dijo el Edu Mattio alguna vez, a partir del libro de

poemas *Ella*, no. 57 *laconismos postapocalípticos (o la masacre de una lesbiana eremita)* (flores, 2018b), hay que pensar teóricamente el espíritu antigregario de la eremita. Y creo que hay, ahí, hilos para tirar acerca del fracaso de la sociabilidad, una melancolía canibal de la alteridad que termina uniformizada y serializada ante las políticas neoliberales de cooptación de los discursos de la *comunidad*.

Aquí quisiera pensar la pregunta tensionando mi propia experiencia pedagógica como acción política y afectiva. Cuando pienso un taller y formulo su presentación como un espacio *colectivo*, lo hago casi como un manifiesto político, como una excusa textual y como una oportunidad erótica donde *la politicidad tiene los ribetes de la suavidad teórica, la gesticulación anti-didáctica de la poesía, el hirsutismo de una lengua que monta el absurdo, la des-programación moral del libreto militante*. Esos son fragmentos del taller *Lo que nunca pasó por tus labios*<sup>2</sup>, un dispositivo sensible para la especulación poética y teórica, que tuve que cancelar por las medidas del aislamiento social obligatorio, pensado como *un espacio abierto a la experimentación textual, a las aventuras oníricas y a las templanzas visionarias que tejan, palabra a palabra, silencio a silencio, escucha a escucha, una política de venganza poética contra el odio que nos extermina y una suave plataforma cutánea donde arrimar nuestros balbuceos políticos, tambaleos existenciales, rabias estalladas y ficciones desopilantes*.

¿Ese deseo del deseo del estado, cómo se ramifica en la capilaridad de nuestras vidas? ¿Es deseo de deseo de escuela que suspende la interrogación sobre los propios modos de hacer conocimiento? ¿Es deseo de deseo de representación política como forma exclusiva que puede tomar el activismo que gobierna nuestros imaginarios de la emancipación? ¿Qué vidas quedan sepultadas en ese deseo del deseo del estado? ¿Cómo “exhumar las vidas enterradas bajo esta prosa” (Hartman, s/f)?

En cada taller, lo colectivo busca instaurarse no solo como una comunidad de prácticas y discursos, sino también, y fundamentalmente, como una comunidad de deseos. Una comunidad que no está dada de antemano, sino que hay que tramarla, prepararla, sostenerla, como cada palabra en un relato, como una peripecia inédita para la “reordenación no coercitiva de los deseos” (Spivak, 2012, p.373).

El problema de erigir al estado como el único frente de acción posible es que traduce cualquier agenda de un movimiento social en un programa de *inclusión* que pueda asimilarse sin mucha dificultad, constituyéndose en un mecanismo de control sexual y político. Y reitero que el estado sí debe garantizar condiciones materiales y simbólicas para poder desplegar nuestras vidas, pero sabemos por experiencia histórica que los procesos de institucionalización de los movimientos sociales suelen ser procesos

de higienización y pacificación de los conflictos, por eso no podemos perder el *diálogo discrepante, la cicatriz envenenada, la turbulencia picosa, la convulsión imperceptible, el susurro melífero, la paradoja ingobernable, la exasperación antagónica*.

Cuando Spivak (2013) propone una práctica de enseñar desde un punto de vista político como “una reorganización minuciosa de los deseos”, de algún modo, está proponiendo una desprogramación afectiva. Y de ahí solo se me derivan preguntas. ¿Qué léxico pirata podemos (re)crear como un espacio de ficción especulativa para que muchas de nuestras vidas, que solo tienen existencia en los confines de nuestras palabras, puedan contaminar, con su condición espectral, los vocabularios oficiales de la transformación? “¿Será que cuando le entregamos dócilmente las palabras a otrx, incluso a lxs escritorxs, entregamos nuestras armas, que son nuestro pensamiento vivo y nuestra poesía insumisa?” (flores, 2020). Una agenda de derechos, ¿qué agenda de afectos es? ¿Cómo desertar de ser colaboracionistas del régimen escritural liberal o estatal? ¿Qué excita nuestras fantasías de desorganización de las maniobras del poder? *¿Será tiempo de escarbar el látigo solar en la bilis agónica del poema?* Tal vez precisemos que la oscuridad textual que propone Brooks como un “tropo de insurgencia narrativa, supervivencia discursiva y resistencia epistemológica” (en Halberstam, 2018a, p.108), tome la forma de *un labio empañado con las limaduras de una locura cítrica*.

—En algunos trabajos e intervenciones recientes, te figurás la política feminista del presente desde el *pathos* del desencanto, frente a cierto agotamiento de los imaginarios estéticos y políticos de los feminismos. Es decir, oponés a cierta fascinación mayormente extendida, una mirada de cautela que no suele ser bien recibida. ¿Qué potencia política encontrás en este tono emocional presuntamente negativo? ¿Qué comunidad de afectos creés que puede tejerse a partir de una perspectiva crítica que apuesta por la incomodidad y no por una euforia complaciente?

—Voy a recurrir nuevamente a mi experiencia pedagógica, porque creo, sin hacer traslaciones lineales, aporta a pensar las formas de la acción política, dado que el dispositivo pedagógico escolar ha sido un vigoroso modelo político de formación de *militantes*. Y aquí me inscribo en las coordenadas de los *feminismos sombríos* que menciona Halberstam que “no operan bajo la forma del adecuarse, del ser y del hacer, sino bajo las formas oscuras y sombrías del deshacer, de desarmar y de transgredir”

(2018a, p.16), perturbando las formas más aceptables del feminismo, que están orientadas a la positividad, a la reforma y a la integración, en vez de a la negatividad, al rechazo y a la transformación. Así como, también, en lo que he dado en llamar feminismos *excrementicios*, que recuperan

figuraciones locales y minoritarias, de diferentes momentos y escrituras en mi proceso de politización sexual, pero que retenían ideas fuerza antagonistas para desplegar una inventiva táctica de proliferación en zonas residuales de las prácticas y discursos feministas hegemónicos. Figuraciones móviles que entretejieron una imaginación política radical, con deseo de astucia y voluntad impertinente para abrigar las contradicciones, enfrentamientos y diálogos escenificados o latentes que movilizan la viva construcción del pensamiento feminista. (flores, 2018d, p.47)

No obstante, también reconozco que gran parte de mi activismo desde *fugitivas del desierto*-lesbianas feministas<sup>3</sup> apostaba por la incomodidad como forma de intervención poético-política, esa fugitividad que podía traducirse como *pendenciera*, que conserva algo de la negatividad afectiva del fracaso y la aguafiestas, porque siempre teníamos una púa creativa para pinchar el globo del festejo servicial y complaciente de las políticas asimilacionistas, sin por eso desistir de un espíritu festivo.

Hace un tiempo que vengo construyendo una metodología queer/cuir en espacios educativos que hacen de la incomodidad una poética del (des)hacer (flores, 2018c), como forma de desertar de las metodologías del confort afectivo basado en el entusiasmo docilizado y contrastando el procedimiento creativo propuesto con los propios modos de hacer de lxs participantes, y explorar allí otros dobleces, arriesgar otras maneras, tropezar con los gestos conocidos, creando un extraño espacio donde acontecieran otras relaciones con la propia sexualidad, la escritura, el conocimiento, entre los cuerpos, sin constituir posiciones subjetivas correctas que dieran lugar a nuevas oposiciones binarias.

Un juego de *no saber* como oportunidad desestabilizadora para la emergencia de otras voces, cuerpos, experiencias, saberes, de modo que el espacio de la diferencia sea el espacio de la pedagogía y no el parecido, introduciendo preguntas e incertidumbres en aquellos lugares en los que previamente había un consenso aparente sobre lo que se hacía y sobre cómo se hacía. El presupuesto educativo inicial fue que no hay sujetos carentes de conocimiento y sentimientos adecuados, sino que estos son efectos del modo de hacer del dispositivo pedagógico moderno.

La pedagogía moderna es un culto al optimismo heroico, al pensamiento afirmativo y a los afectos positivos. En los modos de hacer educativos, toda negatividad como refracción a las expresiones de la positividad es rechazada, deslegitimada e

impugnada, mediante operaciones de purificación e higienización textual y sexual de la producción de pensamiento pedagógico. Sin embargo, nuestras experiencias educativas son mucho más complejas y variadas en sus tonos afectivos y disposiciones emocionales, donde se despliegan corporalmente fracasos, tensiones, contradicciones, equívocos, oscuridades, inadecuaciones, que suelen quedar subyugados a un relato demasiado limpio y transparente, bajo el ideal regulativo de la positividad que alimenta la reproducción de imágenes apaciguadas y discursos cicatrizados de nuestra acción como educadorxs.

El fracaso viene acompañado de un conjunto de afectos negativos, como la decepción, la desilusión y la desesperación, y nos da la oportunidad de utilizar esos afectos negativos para crear agujeros en la positividad tóxica de la educación contemporánea. Y eso mismo creo que vale para la acción política. La negatividad, nos dice Halberstam (2018a), se expresa en el gesto más próximo al deshacer que al hacer, entonces, podemos pensar en el *desaprender* como una figura negativa del aprendizaje, que interrumpe y altera los relatos estereotipados de la escuela y sus imaginarios educativos.

Podemos imaginar una comunidad fragmentaria y aleatoria de desilusionadxs, desencantadxs, melancólicxs, entre otrxs, que van perforando el optimismo en que se fundamenta el pensamiento positivo como motor explicativo del orden social, que insiste en el lado bueno de las cosas a toda costa. Podríamos decir, con Rogoff, que lo que pasa a importar es “la dinámica de la pérdida, de la renuncia, del desplazamiento y del estar sin” (2003, p.2). Consiste en un modo de deshacer las hegemonías de conocimiento que hemos aprendido y nos han constituido, un ejercicio de contramemoria que antagoniza con las imágenes positivas de la representación popular y con las políticas LGTTTBIQ+, que imponen la obligatoriedad de lo visible, el aplanamiento de experiencias complejas y la reificación de la identidad. Una apuesta más cercana a la ininteligibilidad de nuestras vidas como disidentes sexuales, que no confisca a la ignominia y el olvido de ese “archivo de sentimientos” (Cvetkovich, 2018) asociado con el cansancio, el hastío, el aburrimiento, la indiferencia, la distancia irónica, el rechazo ingenioso, la insinceridad, lo camp, la rabia, la grosería, la ira, el rencor, la impaciencia, la obsesión, la franqueza, la implicación excesiva, la descortesía, la honestidad despiadada, la decepción.

Vuelvo a la pregunta por la potencia política de este tono emocional presuntamente negativo, con otra pregunta desde la opacidad de mi pensar poético: *hay un fuego cruzado entre el diluvio y el barranco... ¿ya habrán iniciado su refinada tarea los insectos necrófagos en nuestros silencios explosivos?*

—Ya desde la formulación de la Ley 26.150, el instrumento jurídico que creó el Programa Nacional de Educación Sexual Integral (octubre 2006), se plantea que la integralidad de la educación sexual supone también la dimensión afectiva.

¿Cómo imaginas que se puede implementar ese aspecto de la ESI desde lo que vos has defendido como una perspectiva prosexo? ¿Qué emociones te parece que pone/debería poner en juego? ¿A qué pedagogía sentimental puede dar lugar si nos proponemos salir del victimismo al que nos sujeta cierta agenda de la violencia de género? En los términos de Eve K. Sedgwick, ¿en qué medida sería posible reemplazar una pedagogía *paranoica* —que se limite a advertir y desarticular las causas de la violencia— por otra claramente *reparadora*?

—¿podremos llenar la teoría de gemidos? ¿será el sexo tan público como el hambre?

¿qué dicen tus fantasías sexuales en el aula? ¿cuáles serán los juegos lascivos en la edad del almíbar? ¿viniste a empalagarme los renglones de preguntas? Estas son algunas preguntas que forman parte de una partitura con la que trabajamos en los talleres sobre ESI desde las pedagogías cuir/queer, provocando un enjambre de resonancias o evocaciones que se producen al calor del caminar escuchando, como afirmaciones, onomatopeyas, otras preguntas, silencios. A mí me parece que aproxima a otros modos de abordaje de la ESI en tanto política afectiva, desde una posición prosexo, al tensar un pensamiento dis/torsionado por preguntas intolerables, esas que suelen quedar acalladas en el régimen de inteligibilidad de la normalidad educativa; las que provocan un radical extrañamiento en los constructos y los órdenes conceptuales de las sexualidades y en nuestros imaginarios pedagógicos y eróticos; las que no son populares porque se inmiscuyen en los propios procesos de producción del conocimiento y nuestros límites pedagógicos y políticos.

Precisamos arriesgar lo obvio e imaginar la ESI como una temeraria aventura intelectual feminista y cuir, desde una posición prosexo como marco para problematizar la fuerza heterosexualizante de la cultura escolar que abona la trilogía antisexo del peligro, la prevención y el control, y que sedimenta las prácticas escolares en relación con las sexualidades y deseos, provocando que ciertos placeres y prácticas sexuales sean construidos como ininteligibles, convertidos en impensables e indeseables para el contexto escolar.

No sé si hay emociones específicas que se pongan en juego desde una posición prosexo, como diciendo ahora vamos a *incorporar* estos afectos, porque esa es la lógica escolar fagocitadora, una suerte de sumatoria de informaciones o donde todo se vuelve un imperativo de *corrección*. Creo que se trata de ahuecar el halo moralizante que tiene el dispositivo pedagógico, abrirse al juego de la ambivalencia y de la incomodidad que nos provocan nuestros propios deseos, de salirse de las definiciones rígidas y estables que tienden a simplificar la complejidad de nuestros sentimientos y nuestras identidades.

Estoy convencida de que no se trata de escribir de lo que no hace la escuela y/o lxs docentes, de lo que no hay, de lo que no se puede. O de presentar una propuesta que pretende decir lo que es o lo que debe ser. Sino de provocar un pensamiento y crear una oportunidad para escribir de lo que se hace y localizar esas sombras productivas, esas fisuras recónditas, donde sí (nos) pasan cosas y estimular otras prácticas y sensibilidades como potencia relacional. Porque toda política de conocimiento implica una política afectiva, el asunto será discernir qué afectos se les pegan a ciertos modos de producir y transmitir conocimientos; cómo ese conocimiento o desconocimiento que se pone en juego produce ciertos afectos.

Siguiendo a Britzman (2018) en su propuesta de una práctica radical de deconstrucción de la normalidad, que en lugar de presentar al conocimiento (correcto) como respuesta o solución, el conocimiento se constituye como una pregunta interminable (Luhmann, 2018), podríamos preguntarnos: ¿qué afectos soportan esta condición inacabada e incierta del conocimiento cuando la escuela es el sitio de la definición, del orden, de la estabilidad, de lo transparente, de la armonía? ¿Qué afectos se rozan con la permeabilidad conceptual, la vulnerabilidad deliberada, las combinaciones inesperadas y los procesos de improvisación? Si uno de los intereses de esta pedagogía es el estudio sobre los límites como un problema de pensabilidad, ese punto en el que el pensamiento se detiene, ante lo cual Britzman (2018) se pregunta, “¿qué hace que algo sea pensable?”, podríamos repreguntar ¿qué hace que algo sea sentible?

No tengo muy claro si habría una suerte de pasaje de una pedagogía paranoica a una reparadora, tal vez el desafío no sea estancarse en una sola perspectiva, tener la astucia de moverse ahí donde se pretende una cristalización. Lejos del gesto autoritario de “conminar a” realizar una práctica crítica que se perfeccione rápidamente o que sea revolucionaria (Sedgwick, 2018), me interesa interrogarme cómo (re)componer un universo *común y polimorfo* de historias, deseos, desencantos, violencias, estigmas, placeres, traumas, heridas. Justamente, recurriendo a la misma Sedgwick, creo que una

pedagogía reparadora haría hincapié en la trama afectiva de la posicionalidad espacial *junto a*, dado el protagonismo que activa, la incertidumbre que genera, el devenir que acontece, el fluir al que invita, la exploración subjetiva que incita; mientras que una pedagogía paranoica se centraría en las preposiciones *más allá de* y *debajo de*, con sus respectivas narraciones implícitas de origen y finalidad que estimulan. Me parece fundamental, a su vez, estar atentxs a las versiones purgadas y amansadas de una pedagogía queer/cuir, intentando sostener su excedencia pervertida y no quedar subsumida a la limpieza moral de lo queer en el ámbito educativo, habitualmente reducido a la visibilidad y reconocimiento de identidades LGTTBIQ+ y a las gramáticas emocionales de la conyugalidad y el familiarismo que el *statu quo* homonormado hoy convalida como apropiadas o deseables.

Hay un arduo trabajo por hacer para cuestionar el victimismo al que nos sujeta cierta agenda de la violencia de género, en tanto se instala como único vector de reflexión escolar en relación con la sexualidad. Un trabajo sobre el modo en que nos construimos a nosotrxs mismxs, a lxs demás y al mundo como conocimiento, a partir del aprendizaje de lo singular y de lo no generalizable que nos convoque a establecer otra relación con la educación y la cultura que no sea la de “iluminar defectos, localizar elisiones, repartir culpas” (Rogoff, 2003, p.2). Una faena imaginativa de suspendernos en otras formas de pensar y vivir. Porque para romper con el consenso del miedo y de la obediencia hay que romper los pactos de escritura. En ese sentido, una cosa es considerar la ESI como un programa predeterminado a aplicar de forma universal y otra es considerarla como una economía pedagógica de los saberes, los cuerpos, los placeres y la imaginación que es urgente interpelar y contrastar con otros modos de producción de saberes no escolarizados vinculados a esxs otrxs que fueron lanzadxs a los márgenes de la ciudadanía sexual, como lxs trabajadorxs sexuales, practicantes de BDSM<sup>4</sup>, productorxs y consumidorxs de pornografía y posporno, alianzas poliamorosas o pactos no monogámicos, entre otrxs.

Considero una tarea urgente problematizar las economías afectivas que ya están presentes en los abordajes de ESI, tomando como uno de sus nudos centrales el par placer/violencia, buscando des-binarizar su circulación y sus narrativas discursivas, especialmente en este momento de pánico sexual que estamos viviendo, que es un arma de destrucción sexo-afectiva. Precisamos buscar las articulaciones y desarticulaciones entre las prácticas de placer y de violencia, no todo es tan dicotómico ni tan transparente, y hoy asistimos a un discurso totalizante de la violencia que termina por aplanar todas las experiencias sexuales bajo este paradigma. En este caso, me interesa reflexionar sobre

los agenciamientos de placer como política sexual que suelen quedar ausentes en los discursos sobre ESI, más preocupados y enfocados a la prevención, el peligro, el riesgo, donde pareciera que no hay sexualidades a ser exploradas y pensadas; donde no hay preguntas, sino respuestas prefabricadas, aun en las propuestas más críticas. Quisiera recuperar aquí las preguntas que hice en algún momento: “¿qué sexo admite la ESI?

¿qué prácticas sexuales hace inteligibles y cuáles quedan en la opacidad de lo indeseable, en el ostracismo de la perversión, en el campo de la abyección? ¿cuál es el sueño sexual de la ESI?” (flores, 2018a, p.4), y agregar, ¿cuál es el sueño afectivo de la ESI?

Me interesa detenerme, apenas, en un material de ESI que se hizo en una escuela, por los propios estudiantes, pero evidentemente con ciertas directivas docentes, que requeriría un examen pormenorizado, pero no me detendré en ello. El manual *¿Dónde está mi ESI? Un derecho de los y las estudiantes*<sup>5</sup>, que tuvo una gran circulación mediática y expresa una clara posición abolicionista —como muchos de los materiales textuales y visuales sobre ESI que circulan—, a lo largo de 182 páginas de contenido, solo menciona la palabra *placer* en la página 131<sup>6</sup>, referido a la Ley 26.791 de modificación del Código Penal, y que hace referencia a la condena con prisión perpetua por la causal de *matar por placer*. Entonces, me pregunto por los afectos suprimidos y, por lo tanto, por las vidas erradicadas de los protocolos pedagógicos de la ESI, por la producción de una sensibilidad forjada en la espectacularización de la violencia y de una sexualidad solo tramada monóticamente por traducciones identitarias y por prácticas displacenteras.

¿Será que precisamos comprender este tipo de materiales como una forma de violencia epistémica que desagencia a lxs sujetxs? ¿Será la tarea educativa desde una posición prosexo componer una poética *en el entreabrir mudo de los labios para pasar una ganzúa de carne tierna?*

## Referencias

1. Utilizando un método narrativo historiográfico que denomina “fabulación crítica”, recrea la historia de Venus desde la incomodidad propia de su proyecto y del archivo con el que trabaja, advirtiendo dolorosamente que “la niña nunca tendría una existencia fuera del precario domicilio de las palabras que permitieron que se le asesinara” (Hartman, s/f).
2. Presentación disponible en: <http://escritosheticos.blogspot.com/2020/03/taller-de-escritura-lo-que-nunca-paso.html>.
3. Grupo de activismo artístico-político de la ciudad de Neuquén (2004-2008), cuyo otro nombre cuir era *trolas del desierto-lesbianas pendercieras*.
4. Bondage, dominación, sumisión, sadomasoquismo.

5. Realizado por estudiantes de la Escuela Secundaria N° 14 Carlos Vergara de La Plata (2019), con prólogo de Mariana Carbajal. Fue un trabajo de investigación realizado en el marco del programa Jóvenes y Memoria, que depende de la Comisión Provincial por la Memoria, en el año 2018.

6. Tampoco se hace mención al disfrute, mientras que el goce solo aparece en relación con los derechos y la salud.

## Bibliografía

Britzman, D. (2018). ¿Hay una pedagogía queer? O, no leas tan hetero. Trad. gabi herczeg. En AA.VV. *Pedagogías transgresoras II* (pp. 7-38). Santo Tomé: Bocavulvaria.

Cvetkovich, A. (2018). *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Trad. Javier Sáez. Madrid: Bellaterra.

flores, v. (2014). *Desmontar la lengua del mandato, criar la lengua del desacato. Diálogo transfronterizo con tomás henríquez murgas y jorge díaz fuentes*. Santiago de Chile: Mantis.

flores, v. (2018a). *El derecho al gemido*. Notas para pensar la ESI desde una posición prosexo. *Revista Mora*. Dossier "La ESI ¿es feminista?: Encuentros y desencuentros entre una política pública y los modos feministas de pensar la política, 25, 1-9. Recuperado de <http://genero.institutos.filo.uba.ar/debate-revista-mora-n%C2%B025-2018>.

flores, v. (2018b). *Ella, no. 57 laconismos postapocalípticos (o la masacre de una lesbiana eremita)*. La Plata: Exiliadas.

flores, v. (2018c). Esporas de indisciplina. Pedagogías trastornadas y metodologías queer. En AA.VV. *Pedagogías transgresoras II* (pp. 139-208). Santo Tomé: Bocavulvaria.

flores, v. (2018d). Febriles alquimias del cuerpo. Una poética excrementicia. *Revista Pléyade*. Dossier "Los nombres del feminismo", 22, 45-60. Recuperado de [http://www.revistapleyade.cl/wp-content/uploads/3.-flores\\_Feriles-alquimias-del-cuerpo.pdf](http://www.revistapleyade.cl/wp-content/uploads/3.-flores_Feriles-alquimias-del-cuerpo.pdf).

flores, v. (2020). Cuarentenario con val flores. *Librería La libre*. Recuperado de <https://lalibre.com.ar/2020/04/09/cuarentenario-con-val-flores/>.

Glissant, E. (2006). *Tratado del Todo-Mundo*. Trad. María Teresa Gallego Urrutia. Barcelona: El Cobre.

Halberstam, J. (2018a). *El arte queer del fracaso*. Trad. de Javier Sáez. Madrid: Egales.

- Halberstam, J. (2018b). *Trans\*. Una guía rápida y peculiar de la variabilidad de género*. Trad. de Javier Sáez. Madrid: Egales.
- Hartman, S. (s/f). Venus en dos actos. *Hemispheric Institute*. Recuperado de <https://hemisphericinstitute.org/en/emisferica-91/9-1-essays/venus-en-dos-actos.html>.
- Luhmann, S. (2018). ¿Cuirizar/Cuestionar la pedagogía? o, La pedagogía es una cosa bastante cuir. Trad. Gabriela Adelstein. En AA.VV. *Pedagogías transgresoras II* (pp. 39-66). Santo Tomé: Bocavulvaria.
- Nelson, M. (2018). *Los argonautas*. Madrid: Tres puntos.
- Rogoff, I. (2003). Del criticismo a la crítica y a la criticabilidad. Trad. de Marcelo Expósito. Recuperado de <http://eipcp.net/transversal/0806/rogoff1/sp>.
- Sedgwick, E.K. (1999). Performatividad queer. *The art of the novel* de Henry James. Trad. Víctor Manuel Rodríguez. *Revista Nómadas*, 10, 198-214. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105114274017.pdf>.
- Sedgwick, E.K. (2018). *Tocar la fibra. Afecto, pedagogía, performatividad*. Madrid: Alpuerto.
- Spivak, G. (2012). *An aesthetic education in the era of globalization*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Spivak, G. (2013). Todas las libertades que se conceden dentro de una democracia tienen que estar ligadas a cuestiones y causas para que esas libertades puedan ser ejercidas. *El jinete insomne*. Recuperado de <http://eljineteinsomne2.blogspot.com/2013/11/gayatri-spivak-todas-las-libertades-que.html>.

Fecha de recepción: 30 de abril de 2020

Fecha de aceptación: 2 de junio de 2020

Licencia  Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

